

Primeros impresos gauchescos: producción y consumo (1818-1830)

Por *Pablo Rocca**

I

SI EL CANTO ACOMPAÑADO DE LA GUITARRA fue la clave primera de la poesía rústica de la pradera rioplatense, el impreso la desvió de su cauce inicial. Hace muchas décadas que esto se encuentra fuera de discusión, desde las elaboradas observaciones de Jorge Luis Borges y las notas eruditas de Lauro Ayestarán hasta los varios y fundamentales trabajos contemporáneos.¹ La letra impresa fue un instrumento para la conquista de una vida cultural que quiso ser autónoma, al menos en la imaginación de los grupos dirigentes impelidos por el ideal ilustrado de la Revolución de Mayo de 1810. Algunos creyeron que imprimiendo versos que cumplieran con el simulacro de la voz del gaucho se desviaría el sentido originario de la retórica popular para encauzarla en beneficio de su propia mirada y hasta de sus intereses.

Por *gauchesca* se entiende aquí una modalidad discursiva que no puede disociarse del mensaje y la agitación política más cruda, patente hasta el *Martín Fierro* (1872-1875) y aun bastante después.²

* Profesor Titular de Literatura Uruguaya en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República en Montevideo, Uruguay; e-mail: <pablorroccapesce@gmail.com>.

¹ Corresponde destacar los siguientes aportes que nos exigen de mayores comentarios sobre el punto. De Jorge Luis Borges: “La poesía gauchesca” (1935), en *Prosa completa*, Barcelona, Bruguera, 1981, pp. 107-125; *Aspectos de la literatura gauchesca*, Montevideo, Editorial Número, 1950; *El Martín Fierro*, Buenos Aires, Emecé, 1953; “Prólogo” a José Hernández, *Martín Fierro*, en *Prólogos: con un prólogo de prólogos*, Buenos Aires, Torres Agüero, ed., 1975, pp. 89-99. De Lauro Ayestarán: “La primitiva poesía gauchesca (1812-1851)”, *Revista del Instituto Nacional de Investigaciones y Archivos Literarios* (Montevideo), año 1, núm. 1 (1949), pp. 201-260. De Ángel Rama: “Prólogo” a *Poesía gauchesca*, Jorge B. Rivera, sel. y notas, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1977. De Josefina Ludmer, *El género gauchesco: un tratado sobre la patria*, Buenos Aires, Sudamericana, 1988. Y de Julio Schwartzman, *Letras gauchas*, Buenos Aires, Eterna Cadencia, 2013.

² He realizado esta misma precisión en otros trabajos recientes. Junto con éste, esos textos forman parte de un proyecto denominado “Las formas y sus medios” en el Río de la Plata: “Sobre las hojas poéticas: producción y lectura”, *Nonada* (Porto Alegre), vol. 18 (2012), pp. 17-45; y “Una estela sarmientina: gauchos y soldados”, *Muitas Vozes. Revista do Programa da Pós-Graduação em Linguagem, Identidade e Subjetividade* (Ponta Grossa, Paraná), núm. 1 (2012), pp. 83-100; “Los poetas-payadores

Una modalidad que no puede separarse del simulacro de la voz del gaucho —ese mestizo cuya voz usurpa un sujeto culto y urbano— anunciando su canto, su voz o, en ocasiones más raras, su escritura. Se trata de una literatura (primero que nada una poesía) hecha por sujetos de la ciudad, de dominante tendencia coloquial, que en sus orígenes rompe con los estándares neoclásicos del “buen decir” a la vez que se amolda a algunas de sus normas. En lugar de convertirse en la autobiografía del postergado, la gauchesca se asume como la voz de un sujeto que, haciendo el gesto de contar su vida, habla por una totalidad abstracta (la patria, el partido, la ley, la libertad, el orden, la paz y hasta la propiedad), y llega a recuperar en el subtexto viejos motivos de la antigua retórica.³ Por otra parte, en un movimiento antípoda, la gauchesca se aleja de esta última línea ya en los primeros contactos con las ideas estéticas románticas al privilegiar la fuerza del habla antes que la de la escritura a la que, finalmente, pertenece, si bien las resonancias orales —fuente de prestigio y horizonte ideológico y aun matriz retórica de base— se asumen como un disfraz perfecto.

En épocas de crisis continuas como las que se ensañaron con el Río de la Plata en la primera mitad del siglo XIX se entrecruzan proyectos de escritura, tanteos, acomodaciones incesantes. Quizá porque, como anotó el joven Adolfo Prieto, la literatura producida durante el gobierno de Juan Manuel de Rosas “condicionó de reflejo sus propios orígenes”, y amplificó, deformó y mistificó “la realidad que le dio sustento”.⁴ Dicho con otras palabras: se buscó construir la

de la modernización (un desafío para la historia de la lírica rioplatense)”, *Miscelanea* (Assis, São Paulo), vol. 14 (julio-diciembre de 2013), pp. 9-30, en DE: <<http://www.assis.unesp.br/#!/pos-graduacao/cursos/letras/revista-miscelanea/edicoes/volume-143416/>>, 2014, ed. impresa, 2015; “Impresos y mediaciones en la primera gauchesca rioplatense (1819-1851)”, en Hanno Ehrlicher y Nanette Ribler-Pipka, eds., *Almacenes de un tiempo en fuga: revistas culturales en la modernidad hispánica*, Aachen, Shaker Verlag, 2014, pp. 83-102; “Libros, esclavos y otras mercancías (Jaime Hernández y la trama cultural de la República, 1834-1844)”, comunicación presentada en el Primer Simposio Sobre Inmigración Europea, Artesanado y Orígenes de la Industria en América Latina (1870-1914), 28 de mayo de 2014, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República, Montevideo, inédita.

³ Sobre las supervivencias neoclásicas en el Diálogo patriótico “Relación que hace el gaucho Ramón Contreras a Jacinto Chano, de todo lo que vio en las Fiestas Mayas de Buenos Aires en el año 1822”, véase el fino análisis de Juan Introini, en *Viejas liras y nuevos vates: literatura uruguaya y tradición clásica*, Victoria Herrera y Luis Augusto Moreira, eds., Montevideo, Universidad de la República, 2012, pp. 27-31.

⁴ Adolfo Prieto, “Introducción”, en Oscar V. Grandov, Hebe Monges *et al.*, *Proyección del rosismo en la literatura argentina*, Rosario, Universidad Nacional del Litoral, 1959, pp. 11-41.

realidad a imagen y semejanza de las ideas y los sentimientos —el odio más que el afecto— para atrapar al receptor en esa red. Por eso resulta fundamental observar en qué circunstancias concretas se relacionaron los escritores y sus textos con los destinatarios de unos y de otros; importa pensar quiénes fueron los intermediarios de esos mensajes letrados que se apropiaron de la imagen del criollo y sus prácticas, quiénes fueron esos mediadores materiales y simbólicos (impresores, periodistas y periódicos, libreros, vendedores ambulantes) y, además, por qué y para qué cumplieron esa tarea.

Proponerse estos fines obliga a seguir múltiples dispositivos para la lectura según la oportunidad histórica y el sitio social que ocuparon los receptores. Antes que nada obliga a especular sobre quiénes eran esos receptores, qué huellas podemos encontrar en los textos, ya sea representándolos, ya en algunas pistas materiales que los denuncien. Pertenezcan al grupo social que sea, de a poco esos lectores y auditores (la distinción es básica) fueron quedando atrapados en el consumo de periódicos, de hojas sueltas, gacetas, folletos y, para concluir este proceso, libros, la máxima aspiración de los autores, el último escalón a que el género gauchesco llegará con dificultades hacia mediados del siglo XIX, treinta años después de su formación. En suma, entre la mimesis de la oralidad y la fuerza del impreso, este artículo procura seguir o imaginar el trayecto en que se suceden la *producción, impresión y venta* de este tipo de poesía a partir de lo ocurrido en Montevideo desde la dominación luso-brasileña (1817-1825), cuando del lado oriental del Plata despuntan las primeras muestras del género, hasta la formación del pequeño nuevo Estado (1825-1830).

II

A comienzos de 1844, ya iniciado el conflicto que iba a mantener a Montevideo sitiada durante más de ocho años, el *Gran Almanaque de la República* informó que “la poblacion de esta Ciudad que se encuentra dentro de muros, era en Octubre de 1843 segun los datos oficiales de 35 000 almas proximamente”.⁵ Poco tiempo antes, en sus *Apuntes estadísticos*, que no alcanzó a publicar, Andrés Lamas detalló que en la ciudad y sus alrededores había 488 puestos y pulperías, 140 almacenes al menudeo, 5 fondas, 6

⁵ *Gran Almanaque de la República Oriental del Uruguay para el año bisiesto de 1844*, Montevideo, Imprenta del Nacional, 1844, p. 2.

relojerías, 70 confiterías, pero sólo una librería.⁶ Lamas no lo dice en su esmerado informe, del que sólo tomo algunos ejemplos, pero el comercio de libros pertenecía al inmigrante español Jaime Hernández (1803-Montevideo, 1861), quien, según José María Fernández Saldaña, se había radicado en Montevideo el mismo año en que se juró la Constitución,⁷ y en pocos años se convertiría en el más notable agente cultural en toda la primera mitad del siglo XIX. Visto desde cierto ángulo, el cálculo de Lamas es imperfecto. Para empezar, porque una librería era bastante más que un local de venta de libros y, en rigor, durante todo el siglo XIX entre otros renglones varios comerciantes se dedicaron a vender impresos y suscripciones para periódicos. Ciertamente que, a diferencia de Hernández, sus predecesores y hasta algunos contemporáneos privilegiaron una larga lista de otros artículos antes que los impresos, pero ni éste ni nadie dondequiera que fuese estuvo al margen de tal práctica heteróclita. En otras palabras, durante las cuatro primeras décadas de la vida del nuevo y tambaleante Estado era tan reducida la competencia letrada de su escasa población que las imprentas y librerías pudieron volverse negocios realmente prósperos sólo fuera de sus cometidos específicos.

Contemporáneamente, en Francia las librerías vendían de todo aunque no desdeñaran el nombre ni dejaran de privilegiar ese rubro, ya que las había en altísimo número en 1851, nada menos que 2 428 sólo en el interior de Francia. Diez años después serán 3 724. Hay que agregar, según Jean-Yves Mollier, el aumento creciente de la venta a crédito, “pero sobre todo la aparición de bazares, ferreterías y otros almacenes que recuperaron las funciones antaño correspondientes a los merceros, esos primeros vendedores ambulantes de libros de la Francia de [l] Antiguo Régimen”.⁸ En 1850, en el corazón de Río de Janeiro, frente a la Praça da Constituição (actual Praça Tiradentes) Paula Brito abrió la librería que llevó su nombre en la que los libros alternaban con latas de té y artículos de papelería, “mas a principal fonte de renda era a tipografia, instalada

⁶ Horacio Arredondo, “Los *Apuntes estadísticos* del Dr. Andrés Lamas” (Montevideo, *El Siglo Ilustrado*, 1842), *Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay* (Montevideo), tomo VI, núm. 1 (1928), pp. 75-76, separata.

⁷ Véase “Hernández, Jaime”, en José María Fernández Saldaña, *Diccionario uruguayo de biografías, 1810-1940*, Montevideo, Amerindia, 1945, p. 622.

⁸ Jean-Yves Mollier, *La lectura y sus públicos en la edad contemporánea: ensayos de historia cultural en Francia* (2001), Víctor Goldstein, trad., Buenos Aires, Amper-sand, 2013, p. 64.

nos fundos, onde eran editados pequenos e efêmeros jornais”. Una década después, cuando aún São Paulo era una ciudad provinciana, justamente porque no podía tener un fuerte sector letrado que mantuviera la venta de libros en los niveles posibles para la prosperidad del negocio, el francés Anatole Louis Garraux abrió la casa que identificó con su apellido. En ella los libros se codeaban con “artigos de papelaria, vinhos, partituras, guarda-chuvas, além de assinaturas para jornais europeus”.⁹

Antes de la llegada de Jaime Hernández a Montevideo en 1830 —límite que nos hemos propuesto para este examen—muchos otros habían vendido libros y diferentes tipos de impresos en esa ciudad, cuya población no pasaba de los veinte mil habitantes, y en otras poblaciones cercanas. Hay datos sobre la presencia de unos pocos volúmenes que desalentaron a un lector inglés en 1808.¹⁰ Se presume —gracias a las precursoras investigaciones de Arbelio Ramírez— que el iniciador del comercio librero durante la Colonia fue José Fernández Cutiellos,¹¹ a quien habría que agregar a Esteban Valle, sobre el que hay unas pocas noticias a partir del testimonio de Antonio N. Pereira.¹² Por ausencia de especialización como por una demanda inarticulada, la oferta de libros podía conquistar otros locales.

El 19 de abril de 1823 un pequeño aviso de *El Pampero* ofreció a la venta “unos versitos de pie de gato llamados el *Cielito*: no valen más que un medio pero están mui divertidos”.¹³ Es ésta la única información concreta que conocemos de la época sobre materiales de naturaleza frágil (hojas volantes) y ligados a la retórica que que-

⁹ Ubiratan Machado, *Pequeno guia histórico das livrarias brasileiras*, São Paulo, Ateliê, 2009, pp. 55 y 63.

¹⁰ En su *Montevideo antiguo*, de 1887 y reeditado en 1895, Isidoro de María difundió un amplio pasaje de un texto escrito por un inglés, quien en 1808 buscó libros en Montevideo, en especial *Don Quijote de la Mancha* y los escritos del padre Feijoo. En una casa, de la que no nos dejó informaciones precisas, encontró apenas devocionarios y otros libros de misa, un libro en francés, un ensayo sobre sermones en inglés y poquísimos más. Isidoro de María no precisó el título de ese primer testimonio sobre la existencia y comercialización de libros en la pequeña ciudad aún española. Se trata de *Notas sobre el Virreinato de la Plata en América del Sur; con un bosquejo sobre el carácter y costumbres de sus habitantes, recogidos durante su estadía en la ciudad de Monte Video por un caballero hace poco llegado de allí*, véase Heber Raviolo, “Prólogo”, a Isidoro de María, *Montevideo antiguo*, Montevideo, Banda Oriental, 2006, p. 133.

¹¹ Arbelio Ramírez, *Una librería de la época colonial*, Montevideo, s.e., 1952.

¹² Antonio N. Pereira, *Recuerdos de mi tiempo*, Montevideo, El Siglo Ilustrado de Turenne, Varzi y Cía, 1891.

¹³ Ayestarán, “La primitiva poesía gauchesca” [n. 1], p. 250.

ría aproximarse a la voz *popular* o, si se quiere, *iletrada*. Quienes pudieron leerlos, si es que concitó el interés de algunos receptores, no podían ser sino sujetos proclives a una visión más local de la cultura que se estaba formando en medio de contradicciones y tiraoneos entre los modelos occidentalistas, las sospechas ante la matriz hispánica que acababa de ser desplazada y una mitificación inicial de lo americano aún en ciernes. Que esos sujetos pertenecieran a lo que, por comodidad, llamaremos *sectores populares* es algo difícil de verificar. Más bien, por la composición de una sociedad que tiene un porcentaje altísimo de europeos (sobre todo franceses e italianos y, luego, españoles) y un alto nivel de analfabetismo, los consumidores de los sectores “subalternos” —para decirlo con la reconocida y reactualizada nomenclatura de Antonio Gramsci— todavía no aparecían demasiado tentados ni siquiera preparados como para sostener una frágil línea editorial como ésta.

Más frecuentes fueron los avisos en los que se mencionaban algunos libros, tanto por la importancia simbólica de sus contenidos como por sus capacidades de reproducción en el negocio. En 1830 un señor de apellido Correa parece haber creído que los montevideanos se volcaban a la lectura laicizada junto al nacimiento republicano, por eso se jugó a estimular su sensibilidad literaria, si nos guiamos por un aviso de *El Universal*, aunque poniéndose a cubierto con elementos relativos a la tarea de escribir:

En la librería situada en la calle de S. Miguel y nuevamente trasladada a la de S. Pedro, casa de Correa, a más de una gran colección de buenas obras, novelas, poesías, papel jaspe, estampas, flores artificiales y cartones hay de venta a un precio muy cómodo el librito titulado *Guía de Enfermos Medicina Curativa en París*, por el célebre señor Le Roy y reimpresso en Montevideo con agregación de algunas notas importantes: en ella se encierran todas las reglas esenciales a que deben ceñirse todos los que busquen el remedio de sus propias o ajenas dolencias. —*Quien me lleve en el bolsillo / consigo el médico lleva / pues la experiencia comprueba / este método sencillo.*¹⁴

Seguramente a esta casa corresponde la oferta del título que estampaba la norma superior del nuevo Estado, según aviso de *El Correo* de ese mismo año: “Se vende la Constitución del Estado Oriental del Uruguay. Se encontrará de venta en la imprenta Republicana

¹⁴ Citado por Enrique Méndez Vives, *La gente y las cosas en el Uruguay de 1830*, Montevideo, Tauro, 1967, p. 83.

y en la librería calle de San Pedro núm. 60”.¹⁵ Consultados una decena de periódicos de la época junto con otras fuentes indirectas se comprueba el cese del despliegue comercial de Correa, por lo que puede concluirse que aún no había muchos atraídos por novelas, poesías, libros versificados de medicina ni por la esperanzadora norma suprema del novísimo país. Pese a ello, desde entonces y hasta mediados de siglo abundaron las tiendas que ofrecían libros, como lo hacían con casi cualquier otro producto.¹⁶ “En la casa del señor Gard, platero, calle de San Pedro”¹⁷ se prometía vender números sueltos de *El Arriero Argentino*, periódico dirigido por el muy joven activista y luego notable poeta gauchesco Hilario Ascasubi. Esta información aparece el 1º de septiembre de 1830 en *El Universal*, el más importante periódico montevideano de entonces y en cuya imprenta se tiró el que, al cabo, fue número único de esta gaceta. No pudimos obtener otra información sobre la venta de impresos en esa casa. La falta de afinidad de la profesión de Gard con los libros habla a las claras de la heterogénea serie de mercancías que debían ofrecer aun quienes ejercían un oficio concreto para subsistir en aquel débil mercado.

La red era más amplia. Las imprentas recibían suscripciones para los periódicos que ellas mismas tiraban, así como para otras mercancías. “Almanaques para el presente año de 1827 se venden en esta imprenta. También hay en venta diarios que demuestran la hora en que sale y se pone el sol, según el meridiano de esta Provincia”, se anunciaba en la *Gaceta de la Provincia Oriental*. Líneas abajo, junto a la oferta de un carruaje y el pedido de compra de una criada (es decir de una esclava), se da cuenta de que la Imprenta de la Provincia recibía suscripciones para *El Investigador*, periódico de Buenos Aires. Además se ofrecía un puesto de trabajo con su preparación paralela, lo cual ilustra de manera notable el amanecer de una cultura letrada todavía presa de extraordinaria languidez: “Se necesita un joven que sepa leer y escribir y de buena conducta para enseñarle el arte de compositor. Puede ocurrir al administrador de esta imprenta”.¹⁸

¹⁵ *El Correo*, 21-vii-1830, citado en *ibid.*

¹⁶ Revisando la prensa de fines de la década del veinte y comienzos de la siguiente, Arbelio Ramírez aporta otros ejemplos de puntos de venta de variadas mercancías en las que se encuentran libros, véase Ramírez, *Una librería de la época colonial* [n. 11], pp. 4-7.

¹⁷ *Ibid.*

¹⁸ Véase *Gaceta de la Provincia Oriental* (Canelones), núm. 12 (enero de 1827).

Por sus equipamientos, por el vínculo directo con la institución que se ocupaba de los niños y jóvenes expósitos, por su larga vida, la Imprenta de la Caridad contribuyó a formar los primeros cajistas e impresores del país. La empresa también se involucró en otras tareas menos ilustradas y caritativas como la venta de esclavos hasta que este comercio se abolió a mediados de la década del cuarenta. Bajo la conducción de Joaquín de la Sagra y Périz inició sus tareas durante el dominio luso-brasileño, en 1822, y con algunas dificultades siguió activa hasta 1855, periodo en el que pasó por etapas de vigor y de un estado casi monopolístico del negocio. La Imprenta de la Caridad tiró más de 160 impresos entre hojas volantes, folletos, periódicos, libros. Pero los mayores esfuerzos gráficos de esta imprenta son posteriores al periodo inaugural del que nos ocupamos en este trabajo, ya que surgieron hacia 1835.¹⁹ Antes de esa fecha, los progresos habían sido de una lentitud exasperante para quien —como el cónsul francés— estaba habituado a un ámbito más propicio a las prácticas letradas. En un detallado informe que elevó a su gobierno en 1834, Raymonde Baradère emitió una opinión lapidaria sobre los hábitos mentales de los pocos miles de habitantes de la capital de la novísima República y sus consumos culturales, porque las “únicas obras literarias que aquí aparecen son tres o cuatro periódicos [...] y estas insignificantes gacetas carecen totalmente de interés”.²⁰ Baradère ignoró por completo los lugares de venta de libros porque seguramente le parecieron irrelevantes.

Contra el pronóstico del diplomático, la prensa local y la floreciente porteña que se distribuía en la orilla oriental del Plata iban ganando lectores con facilidad. Se encargaron de venderla a la par de algunos otros impresos el almacén de Mateo Varela, el de Herrera —los dos situados en el casco viejo de la ciudad—, el de Cifuentes en el barrio del Cordón, que por entonces no era más que un caserío muy disperso. Antes de 1830 algunos libros y periódicos se expendían en los comercios de Manuel Yáñez y el de Pablo Domenech, los cuales, según los recuerdos de Isidoro de María y de Antonio N. Pereira, eran los que tenían mayores

¹⁹ Guillermo Furlong Cardiff y Enrique Arana (h), “La ‘Imprenta de la Caridad’ (1822-1855)”, *Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay* (Montevideo), tomo IX (1932), pp. 5-164, separata.

²⁰ Alfredo Castellanos, ed., *Dos informes acerca de la República Oriental del Uruguay en 1834 y 1835*, *Revista Histórica* (Montevideo), tomo XXVIII, año LII (1958), p. 79, separata. Incluye el informe redactado por Raymonde Baradère.

existencias bibliográficas, aunque fueran escuálidas. Domenech, quien según el memorialista Pereira era un catalán recalcitrantemente monárquico, se había instalado en Montevideo en 1818 y permaneció en el rubro hasta fines de la década del sesenta, como hemos podido verificarlo en varios avisos de prensa. Yáñez, del que no tenemos datos, poseyó un comercio al que denominó librería —o de ese modo se lo difundía en las hojas periódicas—, en el que se ofrecía cualquier tipo de productos y negocios. La primera noticia que tenemos data de septiembre de 1822, cuando en *El Patriota* se informa que en “la librería cerca del fuerte, de d. Manuel Yáñez, se vende papel de música para clarinete y flauta, igualmente la Naturaleza descubierta”.²¹ Seis años después, el *Observador Oriental* informa que se vende “en esta imprenta [de Arzac] y en la Librería de Yáñez a real el pliego”.²² Hasta ahí parece que las ofertas se reducen a los objetos noticiosos o simbólicos, pero en noviembre Yáñez se transforma en agente inmobiliario: “Se vende una casa en la calle de S. Benito núm. 53, el que guste comprarla puede verse con don Manuel Yáñez”. O como puede observarse por otro aviso que como el anterior se repite en dos ediciones del periódico: “SE VENDE. Con toda equidad la accion que tiene un heredero a la casa sita, en el recinto de esta Ciudad, calle de S. Luis frente al Norte, puertas números 7, 9 y 11. El que la quiera comprar ocurra a la Librería de D. Manuel Yáñez”.²³ En diciembre ensancha su radio de acción y empieza a hacer de escritorio rural: “Se vende á precio cómodo á dinero metálico ó á papel moneda mil cabezas de ganado vacuno hibernado, de dos años para arriba, contándose entre ellas una parte de novillos, el que desease comprar véase con don Manuel Yáñez”.²⁴ En otras palabras, los impresos no permiten vivir, pero complementan un ingreso. De acuerdo con un aviso publicado en *El Universal* el 12 de junio de 1830, Yáñez continuaba vendiendo libros y encabezaba una tríada que, dicho sea de paso, agregaba dos nuevos competidores sobre los que hemos encontrado una mínima información: “Se pone en venta una nueva Canción Patriótica, con música de Esteban Massini, en las librerías de Yáñez, Guerrero y Laviña”.²⁵ Un exacto mes después es harto

²¹ *El Patriota* 15-IX-1822.

²² *Observador Oriental* (Montevideo), 8-XI-1828.

²³ Sin firma, *Observador Oriental* (Montevideo), 20-XI-1828.

²⁴ Sin firma, *Observador Oriental* (Montevideo), 6-XII-1828.

²⁵ En Lauro Ayestarán, *Crónica de una temporada musical en el Montevideo de 1830*, Montevideo, Ediciones Ceibo, 1943, p. 96.

probable que el comerciante haya muerto, ya que la titularidad de la casa se identifica con “la señora de Yáñez”.

Si las gacetas gauchescas, como *El Arriero Argentino* o la posterior *El Gaucho Jacinto Cielo*, editadas por Ascasubi, circulaban por muchas casas del ramo lo mismo podía pasar, como lo sugiere el aviso de *El Pampero* de 1823, que también en ellas se despacharan hojas sueltas con poemas gauchescos o textos semejantes.

III

LA divulgación de poemas en hojas sueltas no era, desde luego, invención ni siquiera exclusividad del género gauchesco. Varias se distribuían gratuitamente en Montevideo, como las que el poeta Francisco Acuña de Figueroa arrojó en ciertas ocasiones en que se aglomeraba un público posible y no necesariamente culto, aunque éste prevaleciera.²⁶

De las hojas gauchescas o medio pliego (o incluso pliegos enteros) nos han llegado varias de Bartolomé Hidalgo que sabemos difundidas en Buenos Aires o la coetánea y anónima imprecación contra los caudillos titulada *Cielito del blandengue retirado*, impreso —según Ayestarán— entre 1821 y 1823.²⁷ Esta perturbadora pieza temprana busca desconstruir el género atacando a los editores ilustrados que se apropian de la voz del criollo. A través de ella es posible advertir que desde el principio la gauchesca fue un caso problemático como lenguaje y como producción. La lógica del enfrentamiento a que se sometió después de la independencia sugiere terribles y muy adelantados anatemas para los impresores y periodistas que divulgaban estos textos. La tercera estrofa del *Cielito del blandengue retirado* censura a los editores de cielitos y de hojas que los difundían:

²⁶ Francisco Acuña de Figueroa, “43 estrofas. Versos sueltos, puestos en tarjetas y arrojados al público en funciones patrias”, en Francisco Acuña de Figueroa, *Poesías diversas*, vii, Manuel Bernárdez, ed., Montevideo, Dornaleche y Reyes, 1890 (Col. *Obras completas*, núm. 10).

²⁷ Datos sobre las ediciones de las hojas de Hidalgo en Antonio Praderio, “Prólogo” a Bartolomé Hidalgo, *Obra completa*, Montevideo, Biblioteca Artigas, 1986 (Col. *Clásicos uruguayos*, vol. 170). El *Cielito del blandengue retirado* fue reproducido por primera vez en Ayestarán, “La primitiva poesía gauchesca” [n. 1]. Hoy puede verse en Internet la reproducción facsimilar del texto en la página de la Biblioteca Nacional de Uruguay.

Bayan al Diablo les digo
Con sus versos y gacetas,
Que no son sino mentiras
Para robar las pesetas.²⁸

Dos lecturas no necesariamente contrapuestas pueden hacerse de esta agresiva mención a otros textos gauchescos que se difunden por la misma vía que utilizó el autor de esta pieza. Por un lado, cabría pensar en la honda penetración pública e ideológica de esos “versos y gacetas”; por otro, en la paradójica defensa de una estética antigauchesca desde la gauchesca, que niega a quienes pese a prometer poesía apenas se interesan en ganar dinero con la sola finalidad de favorecer cierta causa en desmedro de otra, desinteresados por el lenguaje artístico en sí. Esta paradoja habla del uso del poema como instrumento ideológico en su sentido más contundente y de la posible contratación de un escritor para ensalzar a tal o cual bando o grupo de poder. Como sea, la estrofa contra los impresores de la gauchesca revela la preocupación de los sectores anticaudillistas por la eficacia de este medio entre sus potenciales públicos adictos.

La tercera estrofa del *Cielito del blandengue retirado* es una furiosa execración de los caudillos —como José Artigas y Manuel de Sarratea— y los “puebleros” que arrastran al paisano a las guerras civiles. Por la fecha en que fue impresa, Pivel Devoto estima que su anónimo autor es partidario de la anexión al Imperio de Brasil.²⁹ Pero la irónica estrofa 16 invalida esta lectura: “Cielito cielo que sí / Baya un cielo para todos, / mirá que lindos patriotas / los Portugueses y Godos”. Tras una aparente voz anárquica, que se alza contra todos, el texto defiende la paz social a cualquier costo para mantener la prosperidad del trabajo y el capital de quienes son utilizados como carne de cañón (“Cuatro bacas hei juntado / a juerza de trabajar, / y agora que están gordas / ya me las quieren robar”). Curiosa pieza ésta que personifica en su discurso la condición que denuncia. O no tanto. Porque al utilizar el mismo dispositivo retórico que anatematiza decide luchar contra el sistema de la gauchesca por dentro, con su mismo lenguaje tuerce una regla áurea del género al desmerecer la figura del gaucho que la patria

²⁸ Ayestarán, “La primitiva poesía gauchesca” [n. 1].

²⁹ Juan E. Pivel Devoto, *De la leyenda negra al culto artiguista (1950-1951)*, Gonzalo Aguirre, pról., Montevideo, Biblioteca Artigas, 2004 (Col. *Clásicos uruguayos*, vol. 171).

hace soldado. Salvo en este poema, la imagen del combatiente patriota se mantiene incólume por medio siglo. Este hablante debió retirarse del servicio por haber sido mutilado en la guerra (“También me falta una pierna / y me sobran perendengues”), aunque para acentuar la decepción y el rencor se elige nombrar al yo que habla desde el texto en su condición de ex soldado.

Con todo, cierta sintonía puede notarse entre este anómalo cielito y los dos “diálogos patrióticos” de Hidalgo, que se publican simultáneamente en Buenos Aires. Pero los personajes Jacinto Chano y Ramón Contreras han abandonado las armas de la patria para construir la convivencia republicana, felices por las fiestas que celebran la Revolución de Mayo y llaman a la unión, el respeto al prójimo y el trabajo. Chano y Contreras admiten la validez y la potencia del sacrificio y la sangre derramada siempre que pueda convertirse en armonía entre iguales, señalando las injusticias sin dejar de reconocer las jerarquías:

Roba un gaucho unas espuelas,
O quitó algun mancarron,
O del peso de unos medios
A algun paisano alivió:
Loprenden, me lo enchalecan
Y en cuanto se descuidó
Le limpiaron la caracha,
Y de malo y salteador
Me lo tratan, y á un presidio
Lo mandan con calzador;
Aquí la ley cumplió, es cierto,
Y de esto me alegre yo,
Quien tal hizo que tal pague
Vamos pues á un Señoron.
Tiene una casualidad...
Ya se vé... se *remedió*...
Un descuido que á cualquiera
Le sucede, si Señor.
Al principio mucha bulla,
Embargo, causa, prision,
Van y vienen, van y vienen,
Secretos, admiracion,
¿Qué declara? que es mentira,
Que él es un hombre de honor.
¿Y la mosca? no se sabe,
El Estado la perdió,

El preso sale á la calle
Y se acaba la funcion
¿Y esto se llama igualdad?
La perra que me parió.
[...]
Paisanos de todas layas,
Perdonad mi relacion:
Ella es hija de un deseo
Puro y de buena intencion.
Valerosos Generales
De nuestra revolucion,
Gobierno á quien le tributo
Toda mi veneracion,
Que en todas vuestras acciones
Os dé su gracia el Señor,
Para que enmendeis la plana
Que tantos años se erró:
Que brille en nuestros decretos
La justicia y la razon,
Que el que la hizo la pague,
Premio al que lo mereció.
Guerra eterna ála discordia
Y entonces sí creo yo
Que seremos hombres libres
Y gozaremos el dón
Mas precioso dela tierra:
Americanos, unión.³⁰

La diferencia se encuentra en las estrategias retóricas, no en la sustancia del mensaje: la elipsis y la ausencia de revisionismo en Hidalgo (y hasta su terso oficialismo), la diatriba en el anónimo; la condena implícita del precursor a quienes llaman a la desunión se convierte en el poema anónimo en demolición de todos los jerarcas sin esquivar la violencia nominativa, aun contra los hombres de la ciudad:

³⁰ Bartolomé Hidalgo, “Diálogo patriótico interesante entre Jacinto Chano, capataz de una Estancia en las Islas de Tordillo y el gaucho de la Guardia del Monte”. Cito por la versión fiel a una versión manuscrita de mediados de la década del cuarenta del siglo XIX, incluida en Andrés Lamas, Juan María Gutiérrez, José Rivera Indarte, Teodoro Vilardebó, *Colección de poetas del Río de la Plata*, Pablo Rocca, ed. y pról., Valentina Lorenzelli, transcrip. paleográfica, Montevideo, Biblioteca Artigas, 2011 (Col. *Clásicos uruguayos*, vol. 189).

Yo conozco á los Puebleros
que mueven todo el enriedo,
son unos hijos de puta,
ladrones que meten miedo.

Desesperado y furioso en la procura de la paz, el *Cielito del blandengue retirado* combate la política de las armas y con ello subvierte el axioma poético-político que rige la gauchesca inicial en que se encuentra históricamente situado. Habrá que esperar hasta la publicación del *Martín Fierro* para que su mensaje adquiera una dimensión mayor y un nuevo efecto, como el del discurso guerrero que objeta el *blandengue retirado* pero en la dirección contraria, esto es, en pugna por convertir al gaucho en ciudadano y mano de obra útil al capitalismo nacional, contra una política pública que se apoya en el ejército para sacar al trabajador rural de su medio.

Por necesidad propagandística, toda vez que pudieron los ejércitos criollos llevaron a cuestras imprentas volantes en las laberínticas pugnas que se sucedieron en la primera mitad del siglo XIX. Algunas de estas imprentas hicieron tiradas de cielitos y diálogos, válvula de escape de la creatividad a menudo anónima y arma política para glorificar o difamar a las fuerzas militares y sus conductores. En ocasiones, esa actividad parece haberse oficializado.³¹ En carta dirigida a Fructuoso Rivera, datada en Canelones el 12 de diciembre de 1826, Francisco Haedo se desfoga contra el gobernador de esta jurisdicción, “nombrado de fiscal, juez de residencias, agorero, insigne, mago, hechisero, ó Químico, materialista; dela imprenta, y solo se imprimen las cosas q.^e à este gitano le gusten, como son bersos de cielito, avisos, de á como está el jabón, cuantas varas tiene el pan”.³² Para la hiperbólica mirada de Haedo, el gobernador de Canelones ha multiplicado su peligrosidad por el monopolio de la imprenta, y con esa fuerza, la edición de cielitos haría más persuasivo su discurso entre públicos mayoritarios. Quizá el temor a la difusión *a posteriori* de lo escrito por medios orales sea más imaginario que efectivo, pero era una idea aceptada y esa sola verificación da la medida de su fuerza. Aún más, y esto es fundamental, bajo esa forma se pautó la retórica del propio género: un

³¹ Juan E. Pivel Devoto, “Las imprentas históricas que estuvieron al servicio de la causa de la independencia”, *Voluntad* (Montevideo), núm. 1 (s.d.), separata.

³² “Correspondencia del general Fructuoso Rivera con Julián de Gregorio Espinosa (1822-1826)”, Elisa Silva Cazet, advertencia, *Revista Histórica* (Montevideo), tomo xxx, núm. 88-89 (agosto de 1960), pp. 488-489.

letrado fingía ser gaucho y remitía sus versos a un periódico, sin firma o con pseudónimo, rogando su publicación precedida por una breve carta. En realidad, como sucedía en las formas “cultas”, desde Hidalgo estaba firme el modelo del poema en cuanto carta imaginaria enviada a un destinatario enemigo, todavía no al director de un periódico, simplemente porque este vehículo no se había consolidado.

IV

ALGUNAS fuentes escrupulosas y otras proclives a la leyenda dan noticia de la existencia de la figura del vendedor callejero de versos gauchescos. En Buenos Aires, el periódico *El Gaucho*, dirigido por Luis Pérez, informa sobre la venta de “esquelas con versitos imprentaos” durante los festejos públicos para recibir a Juan Manuel de Rosas a principios de diciembre de 1831.³³ Cualquier vendedor podría tratar de colocar alimentos u otra mercancía en la vía pública junto a estas curiosidades versificadas. El asunto es embarazoso de evaluar por falta de testimonios, documentos fehacientes y cuantificaciones razonables de la gravitación que éstos u otros impresos pudieron tener en relación con el peso en el mercado de otros objetos que, en rigor, sólo podían estar en el círculo de la música: guitarras y sus accesorios, así como diferentes instrumentos musicales.

Del lado oriental del Plata, un archivo de la “Patria Vieja”, el de la Imprenta de la Provincia, nos permite calibrar el estado de las publicaciones literarias y sus receptores al borde de la tercera década del siglo XIX.³⁴ Desde las Provincias Unidas esta imprenta cruzó por los buenos oficios de José de la Puente, quien la hizo funcionar durante el convulso periodo que va de 1826 a 1829, convirtiéndose en su responsable oficial por designación del presidente Joaquín Suárez. Pero los altos gastos de mantenimiento superaron pronto las posibilidades del enflaquecido erario público, por lo que De la Puente fue autorizado a realizar trabajos particulares para poder sostenerse junto a su numeroso personal. Instándose en diferentes

³³ Jorge B. Rivera, “La paga del gauchesco”, *Cultura y Nación* (Buenos Aires, 18 de mayo de 1989), suplemento del diario *Clarín*, p. 3.

³⁴ Juan E. Pivel Devoto y Guillermo Furlong Cardiff, “Historia y bibliografía de la ‘Imprenta de la Provincia’ (1826-1828) y de la ‘Imprenta de San Carlos’ (1825-1827)”, *Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay* (Montevideo), tomo VII (1930), pp. 7-92.

puntos del territorio (Montevideo, Canelones, Florida), la imprenta produjo varios periódicos además de proclamas, documentos oficiales, cartillas, volantes y, asimismo, dos publicaciones poéticas anónimas: *Décimas patrióticas*, impresas en medio pliego —es decir, de ocho páginas— el 10 de octubre de 1826, y *Diálogos*, impresos en un pliego el 7 de noviembre de ese año. De cada una de estas piezas, que hasta donde sabemos no sobrevivieron, se hizo una tirada de cien ejemplares, según el minucioso registro llevado por De la Puente. El guarismo es apreciable si a efectos comparativos se toman otros impresos contemporáneos del mismo origen: el *Reglamento para Jueces de Paz*, difundido el 12 de febrero de 1827, duplicó esta cifra al igual que el *Reglamento de policía para el aseo, orden y seguridad de los pueblos de la Provincia*, impreso el 27 de abril. De las *Papeletas para la escolta del Gobierno*, De la Puente confeccionó sesenta ejemplares el 18 de junio de 1827; la misma cantidad que la tirada de los poemas se había hecho el 30 de noviembre de 1826 de una hoja titulada “Aviso sobre compra de caballos”. Dos décadas más tarde, por dificultades económicas y políticas con los consiguientes problemas de mercado, hacer una tirada de cincuenta ejemplares de un folleto parecía una cantidad adecuada a los receptores posibles y al bolsillo del escritor pobre.³⁵ Para 1845 se ha estimado que el importante matutino *Comercio del Plata* no sacaba más de cuatrocientos cincuenta ejemplares.³⁶ Por otra parte, ni un esmirriado libro salió de las prensas de José de la Puente.³⁷

Sobre el segundo *Diálogo* armado a pliego entero, De la Puente consignó que su autor “pagó 10 pesos”, por lo que el costo de cada ejemplar asciende a \$ 0.10. La suma es razonable para un bolsillo débil aun si se acepta el incremento que el anónimo autor pudo

³⁵ El 25 de mayo de 1845, Esteban Echeverría le escribe a Andrés Lamas: “Desearía, por motivos q^e. nada tienen de personales, publicar el discurso a Mayo [...] También quisiera q^e. Hernandez me tirase 50 ejemplares separadamente, y que Vd. se lo previniese, por qu^e. tengo barrunto que de otro modo no lo haría”, Alberto Palcos, ed., *Echeverría y la democracia argentina*, Buenos Aires, El Ateneo, 1946, p. 195.

³⁶ Virginia Boullosa y Mélide Cantarelli, “La cultura rioplatense entre 1845 y 1848”, en Félix Weinberg y colaboradores, *Florencio Varela y el Comercio del Plata*, Bahía Blanca, Universidad Nacional del Sur, 1970, p. 271.

³⁷ Las *Tablas de sumar*, de José Catalá, se allegan a la categoría libro. Su naturaleza didáctica y el uso preceptivo en las escuelas las convirtieron en el mejor negocio para quien supervisó la impresión de 1 050 ejemplares el 28 de octubre de 1827, lo que hace pensar en expectativas o en reales posibilidades de negociar este folleto más allá de las nebulosas fronteras orientales.

agregar para su ganancia, imaginemos un treinta por ciento más, lo que elevaría el precio a 0.13 por unidad. Agréguese algunos datos para estimar el esfuerzo de erogación por esta mercancía: el 30 de enero de 1827 José de la Puente pagó siete pesos a un carpintero en Florida para que le desmontara la imprenta, labor que debió insumirle no más de dos días; por la jornada de trabajo transcurrida el 8 de febrero, que consistió en cargar y descargar la imprenta en Canelones, abonó cuatro pesos a un número indeterminado de peones, que no debieron pasar de cuatro personas. En base a estos salarios podemos calcular que el precio de venta del pliego gauchesco consumiría entre diez y veinte por ciento del jornal del peón menos preparado, y entre cinco y diez por ciento de un obrero especializado. Si así fuera, la hoja gauchesca era un bien accesible. Cien ejemplares de cada poema da la medida justa del público probable. La cifra parece respetable a escala de la población que en todo el territorio oriental, en 1826, andaba por los setenta mil habitantes esparcidos en veinticinco pequeños centros urbanos y en la campaña semidesierta, según los cálculos del atento viajero Arsène Isabelle.³⁸ Quizá los compradores de esos impresos no eran los sectores letrados en el número abrumador —si no total— en que sí lo eran de libros y de los primeros periódicos.

La clave mayor de la difusión de estas hojas, corresponde lanzar la hipótesis, estaría en los vendedores ambulantes y no en los locales establecidos. Pero poco o nada sabemos sobre este trabajador ambulante. Esto cambiaría en algunas décadas, cuando las formas de producción y de mediación avancen aun en los lugares más apartados y cuando la alfabetización haga sus primeras conquistas. Cuando el *Martín Fierro* afiance el género entre públicos rurales, en la campaña rioplatense los mercachifles incluirán libros entre el surtido que ofrecían de estancia en estancia, de rancho en rancho. Gracias a este intermediario, hacia 1908 el adolescente Emilio Oribe descubrió el poema de Hernández mientras descansaba en un establecimiento en el semiagreste campo de Cerro Largo, frontera noreste con Brasil; Oribe dejó una vívida descripción del vendedor y del hecho mismo.

³⁸ Arsène Isabelle, *Viaje a la Argentina, Uruguay y Brasil* (1835), Pablo Palant, trad., Buenos Aires, Emecé, 2001; título original, *Voyage à Buenos-Ayres et à Porto-Alégre, par la Banda-Oriental, les Missions d'Uruguay et la Province de Rio-Grande-do-Sul (de 1830 à 1834)*.

Una noche, llegó al galpón donde yo estaba entre los peones, un turco vendiendo mercancías. Estos turcos eran comerciantes ambulantes que ofrecían pañuelos, vestidos, chucherías, jabones y perfumes. Pero vendían algunos libros. Fue entonces que conocí el *Martín Fierro*, de Hernández. Compré, por unos centésimos, los dos tomos; en una edición con toscos grabados, en papel ordinario, con tapas azules y formato grande, como de revista. Así conocí el *Martín Fierro*. Lo leí de arriba abajo, aprendí versos, lo hice conocer a los peones.³⁹

Ocho décadas antes, pero dentro del marco urbano y sus alrededores, las condiciones de venta y difusión de los impresos pudieron ser similares. Los poemas mezclábanse con todo tipo de objetos menudos y accesibles, y la existencia de un solo lector competente —como en el caso del futuro poeta y filósofo— permitía leer en voz alta el texto a los analfabetos en alguna rueda de fogón. Este círculo se va a cerrar en la modernización gracias a los avances de las políticas de alfabetización, la cultura del impreso y el acercamiento de algunos creadores orales a los modelos de la alta poesía o de la poesía escrita por letrados, como lo probó Adolfo Prieto.⁴⁰

En el medio rural en el ahora territorio uruguayo, a comienzos de la década del veinte se extendieron cientos de licencias para instalar pulperías, que fueron asignadas a “personas de elevada condición social”.⁴¹ Estos comercios eran verdaderos centros de sociabilidad en medio de las vastas soledades donde se reunían todos los habitantes de la región, especialmente para consumir alcohol. Aníbal Barrios Pintos, quien ha hecho una labor fundamental sobre el tema, se confía demasiado en el testimonio de los viajeros, algunos de los cuales —como Alcides Dessalines D’Orbigny— se escandalizan ante las limitadas provisiones y la superabundancia de bebidas espirituosas en las pulperías del departamento de Canelones.⁴² Por qué no pensar que otras estuvieron mejor provistas que las visitadas por el elegante y prejuicioso francés, y aun que entre las mercaderías anduvieran los impresos gauchescos,

³⁹ Emilio Oribe, *Rapsodia bárbara* (1953), Pablo Rocca, ed. crít., advertencia y cron., Montevideo, Intendencia Municipal de Cerro Largo/Banda Oriental, 1993, p. 21.

⁴⁰ Adolfo Prieto, *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Buenos Aires, Sudamericana, 1988.

⁴¹ Aníbal Barrios Pintos, “Pulperías de la Cisplatina”, *Boletín Histórico del Estado Mayor General del Ejército* (Montevideo), núm. 98-99 (julio-diciembre de 1963), p. 181.

⁴² Aníbal Barrios Pintos, *Pulperías y cafés: instituciones substanciales del vivir oriental*, Montevideo, Talleres Gráficos de Editorial Acción, 1973, p. vi.

como la pulpería que en la otra banda tenía el poeta argentino Godoy, interesado él mismo en difundir su obra por ese precario establecimiento, tal vez el único posible.⁴³ Un estudio colectivo sobre las pulperías de la provincia de Buenos Aires entre 1740 y 1830 precisa las mercaderías y las actividades en estos puntos de sociabilidad. La investigación detecta la venta de diferentes tipos de papel desde 1778 (en resma, en cuadernillos, de estraza, ordinario, blanco), y en un caso, ya en 1800, la oferta de libros. Si el papel sólo representó 2% del capital global de las pulperías, en cambio las guitarras y las cuerdas para el instrumento “parecen haber tenido gran demanda [...] y eran, junto a las guitarras mismas, uno de los artículos de mayor incidencia en el valor total de los productos”, fuera de alimentos, licores y vestimenta.⁴⁴ Del lado oriental del Plata la situación no debió ser muy diferente. Quizá esos juglares de la pradera rioplatense recurrían a las hojas gauchescas además de las composiciones que ellos mismos creaban para poder expresarse en el único espacio público donde podían encontrar un auditorio numeroso. A falta de pruebas concluyentes para esta época, conviene especular con esta hipótesis que moviliza el circuito poético y payadoresco, que junta y separa al creador popular y al escritor que pretende apropiarse de la voz de los “de abajo”. Como en los casos de la Europa moderna que ha estudiado Peter Burke, estamos ante un fenómeno de biculturalidad,⁴⁵ pero aquí en una interacción fundante, asociada a la idea romántica del pueblo como fuente natural del arte y al papel del letrado en cuanto conductor de esa energía cultural.

V

LA venta ambulante de hojas gauchescas importa decisivamente para la poesía rioplatense ya que se remonta al creador del género. A pesar de ese reconocido carácter de fundador no existe siquiera un retrato imaginario como tuvimos, durante décadas, de Isidore Ducasse. A Bartolomé Hidalgo se le ha destinado una estatua emplazada en un barrio residencial de Montevideo, en Pasaje Hermanos Ruiz y Avenida Agraciada. El granito de Ramón Bauzá,

⁴³ Rivera, “La paga del gauchesco” [n. 33].

⁴⁴ Carlos A. Mayo, dir., *Pulperos y pulperías de Buenos Aires (1740-1830)*, Buenos Aires, Biblos, 2000, p. 18.

⁴⁵ Peter Burke, *Cultura popular na Idade Moderna: Europa, 1500-1800* (1978), Denise Bottmann, trad., São Paulo, Companhia das Letras, 2010.

ubicado en ese rincón hacia 1960, lo representa como el gaucho que evidentemente no fue con un ponchito cortón, guitarra en mano y vincha que ciñe un abundante y largo cabello que quizá tuvo o que perdió. Otra imagen más reciente lo recuerda en la estatuilla del premio que da la Cámara del Libro, iniciado en 1988, y que lleva su nombre. Ahora se trata de un hercúleo criollo con el pecho al aire reventando una camisa rústica. Esa especie de titán apoya sus dos fornidas manos en una guitarra. Parece, entonces, que para el imaginario naturalista, que sobrevive como puede en las postrimerías del siglo xx, payador y poeta gauchesco son la misma cosa. Uno canta y toca la guitarra, otro descansa todo su poderoso ser sobre ella, como si fuera su único punto de apoyo.⁴⁶ Por último, hay en Internet una imagen de Hidalgo, difundida por primera vez en el matutino montevideano *la diaria*, que representa al poeta de tez blanca, con barba renegrida, mirada algo socarrona y un amplio chambergo más apropiado para un finisecular hacendado tejano—si nos guiamos por las muchas acuarelas, dibujos y carbonillas de la primera mitad del siglo xix— que para un criollo urbanizado de 1820. Un hombre al que biógrafos y el manojito de testigos indican de complejión débil quien, como ya insistió Ángel Rama, era “mulatillo”, pobre y por lo tanto ajeno a las posibilidades del retrato y la miniatura que se pusieron de moda entre los sectores dominantes durante la ocupación luso-brasileña a imitación de las cortes europeas.⁴⁷

Bartolomé Hidalgo terminó su vida en Buenos Aires con apenas treinta y cuatro años de edad. Allí vivió desde 1818 desempeñando modestos oficios que él mismo no especificó en su respuesta al ataque del díscolo padre Castañeda en el periódico *La Comentadora*, el 6 de febrero de 1821. En este documento patético, a propósito de su “Diálogo patriótico interesante entre Jacinto Chano y Ramón Contreras”, Hidalgo explica por única vez, que se sepa, su escri-

⁴⁶ El autor de esta estatuilla ha pasado al olvido hasta para la propia Cámara Uruguaya del Libro que le encomendó la obra. En un folleto impreso en septiembre de 2014 y entregado gratuitamente en la ceremonia en que se dieron a conocer los acreedores del premio en esa edición, se enumeran los ganadores desde 1988 hasta entonces, pero no hay referencia alguna al autor de la estatuilla, *Premios Bartolomé Hidalgo, 1988-2013*, Montevideo, Cámara Uruguaya del Libro, 2014. Por otra parte, el 24 de agosto, fecha de nacimiento de Hidalgo, es oficialmente el Día del Payador en Uruguay, lo cual confirma la confusión o la necesidad del mito.

⁴⁷ Ángel Rama, *Los gauchipolíticos rioplatenses*, 2ª ed. ampliada, Buenos Aires, CEAL, 1982, p. 45. La nota citada originalmente fue publicada en 1963.

tura como artificio culto contra la creencia de lo que muchos en lo sucesivo quisieron ver como pura inspiración popular,

no me propuse otra cosa que divertir á los patriotas, y hablar en su idioma á los paisanos del campo como en otras ocasiones: escribí con ideas generales, pinté nuestros padecimientos, y reclamé el imperio de la ley, demostrando en esto último la imparcialidad mas juiciosa pues que sus fallos debían alcanzarme por consecuencia: á nadie consulté sobre todos los pensamientos que abraza; no habrá una persona que le vió antes de impreso.⁴⁸

En muchas síntesis biográficas de Bartolomé Hidalgo se ha repetido que, enfermo y acosado por la miseria, en el prematuro final de su vida, se ganó el sustento vendiendo sus poemas por las calles de Buenos Aires. Antonio Praderio consolidó esa afirmación en el prólogo a la *Obra completa* del montevideano, la mejor edición que se ha publicado hasta ahora: “su pobreza había llegado a ser tan grande que se veía obligado, para mantener su hogar, a vender sus composiciones en la calle”.⁴⁹ Como antes pasó con otros estudiosos menos eruditos, Praderio se confunde. Alberto Zum Felde fue el primer y más caluroso partidario de esta versión en el *Proceso intelectual del Uruguay*, obra de referencia y rectoría durante décadas:

Otro rasgo singular y significativo: el mismo Hidalgo vendía sus composiciones, impresas en hojas sueltas, por las calles de Buenos Aires, acentuando así su carácter popular. Poesía hecha para el pueblo, más que para la clase ilustrada [...] esa venta callejera —que era además recurso de su pobreza— conformaba el único medio de llegar a su público.⁵⁰

Esta opinión hizo escuela en artículos sintéticos que terminaron por difundir una historia que establece la identidad entre el poeta popular, la pobreza y los destinatarios más o menos acordes a esta última condición; asociaciones con las que se idealiza al primero, se dignifica a la segunda y se congela —se hace *tabula rasa*— al

⁴⁸ Bartolomé Hidalgo, “El autor del Diálogo entre Jacinto Chano y Ramón Contreras contesta a los cargos que se le hacen por *La Comentadora*” (6 de febrero de 1821), *Revista Histórica* (Montevideo), tomo xxxix, núm. 115-117 (diciembre de 1968), p. 62. Precedido por el estudio de Ricardo Rodríguez Molas.

⁴⁹ Praderio, “Prólogo” a Hidalgo, *Obra completa* [n. 27], pp. xxix-xxx.

⁵⁰ Alberto Zum Felde, *Proceso intelectual del Uruguay*, Montevideo, Ediciones del Nuevo Mundo, 1967, tomo 1, p. 67.

tercer grupo.⁵¹ El origen del problema está en la primera biografía algo extensa de Hidalgo, redactada por Martiniano Leguizamón, en la que se dice lo mismo que dirán Zum Felde, Praderio y otros casi de la misma manera salvo que una partícula de impersonalidad otorga el significado contrario: “era tan fantástica su pobreza que cuando el hambre arreciaba componía cielitos que luego se vendían por las calles a la manera de los cancioneros de Montmartre”.⁵² El enunciado último no puede ser más transparente: el poeta “componía cielitos”, luego otros los comercializaban. Praderio remite en nota al pie esta referencia, hasta con mención de páginas exactas. Parece improbable que la lectura de Praderio sea de Pivel Devoto, quien concluyó el trabajo de su amigo —fallecido en 1971—, como lo deja entrever el “Criterio de edición” de los escritos de Hidalgo firmado por “JPD”.

Entre Zum Felde y Praderio (o su fiel colaborador), hay otros trabajos que repiten lo dicho por Leguizamón. Lo sigue con redacción semejante Mario Falcão Espalter porque, a pesar de la carga mitificadora de su importante biografía de Hidalgo, el crítico uruguayo no se atreve a decir que éste vendiera sus textos por las calles, sino que “al alborear el año 1820” se puso a escribir cielitos “para ser vendidos por calles y plazas”.⁵³ La misma línea continúa Ayestarán en su apunte biográfico sobre Hidalgo.⁵⁴ Leguizamón pudo saber por testimonios de algunos ancianos memoriosos de

⁵¹ Por ejemplo, en los breves artículos de dos diccionarios sintéticos de escritores argentinos y uruguayos, difundidos en el marco de grandes y masivos planes editoriales en las postrimerías de la década del sesenta. En el primero, redactado por Adolfo Prieto, se lee: “Apremiado por la necesidad, debió vender en las calles los cielitos gauchescos que escribía”, *Diccionario básico de literatura argentina*, Buenos Aires, CEAL, 1968, p. 83. De paso, adviértase que Hidalgo es reclamado para la literatura argentina sin dificultades. Con menos cautela, en el posterior artículo de *100 autores del Uruguay*, se dice: “Para su mayor difusión, el propio Hidalgo vendía [sus composiciones gauchescas], impresas en hojas sueltas, por las calles de Buenos Aires”, Alberto Paganini, Alejandro Paternain y Gabriel Saad, *100 autores del Uruguay*, Buenos Aires, CEAL, 1969, p. 62.

Carlos Roxlo, siempre bien dispuesto a aportar informaciones sobre la vida de los autores, casi no ofrece datos sobre Hidalgo. Esto da la pauta del estado de la investigación para esa fecha sobre el primer gauchesco y la consiguiente jerarquía del trabajo de Leguizamón, un lustro posterior a la publicación del vasto proyecto de Carlos Roxlo, *Historia crítica de la literatura uruguaya*, Montevideo, Barreiro y Ramos, 1912.

⁵² Martiniano Leguizamón, *El primer poeta criollo del Río de la Plata 1788-1822: noticia sobre su vida y su obra* (1917), Paraná, Museo de Entre Ríos/Instituto “Martiniano Leguizamón”, 1944, pp. 25-26.

⁵³ Mario Falcão Espalter, *El poeta uruguayo Bartolomé Hidalgo: su vida y sus obras*, Madrid/Montevideo, Gráficas Reunidas/Maximino García, 1929, p. 61.

⁵⁴ Ayestarán, “La primitiva poesía gauchesca” [n. 1], pp. 230-231.

esta práctica de venta ambulante de cielitos, pero se limita a la información antes transcrita. Andrés Lamas y sus colaboradores en la postergada *Colección de poetas del Río de la Plata* (circa 1845), tuvieron la posibilidad de conocer cercanamente a los contemporáneos de Hidalgo, y hasta pudieron ser testigos de la comercialización de las hojas poéticas de esta escuela. En este manuscrito figuran los mentados apuntes mínimos sobre el primer gauchesco. En el segundo y último párrafo, se anota que Bartolomé Hidalgo:

Era de constitución débil y enfermiza, pero de clarísimo ingenio poético. Y si hubiera tenido buenos modelos, pues nunca leyó otros poetas que los dela lengua castellana, única que sabía, y hubiera tenido mas tiempo desembarazado nos hubiera dejado obras de mas aliento poético que las que de él poseemos. Puede decirse que es el fundador del romanse nacional *gaucho*, género en el que hasta hoy no tiene rival.⁵⁵

Como se ve, siguiendo la interpretación dominante entre la *intelligentsia* rioplatense, Lamas y su equipo consideraron que Hidalgo carecía de la formación suficiente como lector y, en consecuencia, estaba desprovisto de las mejores aptitudes poéticas que sólo podía lograr si hubiera conocido otras tradiciones más modernas fuera “dela lengua castellana, única que sabía”.⁵⁶ Aun así, los compilado-

⁵⁵ Lamas, Gutiérrez *et al.*, *Colección de poetas del Río de la Plata* [n. 30], pp. 371-372. Esta recopilación se mantuvo inédita durante más de un siglo y medio hasta que la rescatamos en la mencionada edición. Por razones que expongo en el preitado prólogo entiendo que esta nota sobre Hidalgo no fue escrita más allá de 1845, aunque el trabajo —conjunto o con el solitario esfuerzo de Lamas— continuó hasta 1852. El año de diferencia no es menor, porque en ese 1846 Juan María Gutiérrez publicaría en Valparaíso su fundamental antología *América poética: colección escogida de composiciones en verso*, en la que incluye a Hidalgo y ofrece informaciones sobre el autor.

⁵⁶ Aunque queda mucho por indagar, lo que se ha hecho en relación con las bibliotecas en el Río de la Plata entre principios del siglo XVIII y comienzos del siguiente, no muestra que la región estuviera saturada de libros, como predica el entusiasta Guillermo Furlong Cardiff en *Bibliotecas argentinas durante la dominación hispánica*, José Torre Revelo, trad., Buenos Aires, Editorial Huarpes, 1944. Con todo, el número de libros que se encontraban en manos privadas era respetable como para que un inquieto con algunos contactos —aun sin fortuna personal— como Hidalgo, pudiera leer un repertorio que, a juzgar por los inventarios difundidos, era principalmente hispánico, con un fuerte predominio de la literatura renacentista: comedias, romances, textos de Cervantes, Calderón de la Barca, Santa Teresa de Jesús, Roxas, Zayas, entre otros. Sobre la presencia de bibliotecas particulares véase Pablo Rocca, *Poesía y política en el siglo XIX (un problema de fronteras)*, Montevideo, Banda Oriental, 2003. Alicia Fernández Labeque y Óscar Villa, *Bibliotecas coloniales: libros, lecturas y bibliotecas en la América española y la Banda Oriental durante el periodo colonial*, Montevideo, Banda Oriental/Biblioteca Nacional, 2012.

res del proyecto inconcluso no se suman al mito del sujeto-*medium* del espíritu y el habla popular. Lo definen como el fundador de un estilo y su mejor exponente, salteándose a su contemporáneo Ascasubi. Nada se informa sobre la difusión de esa literatura ni de la miseria última del biografiado. De estos padecimientos finales habla muy claro la mencionada carta del poeta, que tal vez no se conocía hacia mediados del siglo XIX, en la que reafirma su pobreza y, claro, su “intachable honradez”, pero ni siquiera insinúa que haya tenido que vender por ahí sus hojas gauchescas.

En rigor, las dos hipótesis podrían ser admisibles. Como Lequizamón nos sustrae las fuentes en que funda su aserto sobre esa ulterior forma de manutención parece más verosímil pensar que, dada su afligida situación, Hidalgo escribió, luego pagó alguna imprenta para que multiplicara sus letras y una vez con las copias de sus creaciones salió a venderlas eliminando intermediarios, tal vez amortizando la deuda contraída con el impresor con las regalías del producto. Aunque parece menor, el hecho es decisivo para revisar las ideas hegemónicas sobre el problema nunca debatido con suficiencia y cuidado de la cultura popular. A diferencia de sus colegas neoclásicos, románticos o seguidores de la escuela “cultura” que fuere, quienes no podían pensar en la posibilidad de obtener algún retorno económico con lo publicado, Hidalgo vendría a ser el primer letrado rioplatense —si no el primer americano— que se dispone a vivir malamente de lo que escribe. O que no tiene otro remedio que hacerlo, y por eso él mismo vende lo que hace. Negar esto significa acoger una imagen egregia y artepurista del escritor, capaz de soportar el hambre antes de rebajarse a comerciar con su creación.

Otro será el caso de Francisco Acuña de Figueroa, quien trató siempre de encontrar el favor oficial del gobernante de turno para sobrevivir y para defender la quimera de su actividad profesional como poeta en un medio hostil, por insuficiente y limitado, el primero que se propuso este objetivo tal vez en toda América.⁵⁷ Unas notas manuscritas, incluidas en el pequeño *Libro para apuntar varias curiosidades*, especie de diario del autor, remontan a octubre de 1842 la contabilidad exacta de sus bastante fantasiosas especulaciones financieras para afrontar la edición del versificado *Diario histórico del sitio de Montevideo en los años 1812-13-14* que proyectaba desde 1839, por lo menos, y que salió póstumamente en

⁵⁷ Véase Gustavo Gallinal, “Prólogo” a Francisco Acuña de Figueroa, *Nuevo mosaico poético*, Montevideo, Claudio García y Cía, 1944, pp. vii-lxviii.

1890 bajo el cuidado de Manuel Bernárdez y el auspicio editorial de las Librerías de Vázquez Cores y de Dornaleche y Reyes. Al final de estas anotaciones detalló una lista de casi tres centenares de suscriptores posibles, casi los mismos que habían apadrinado la edición del último tomo de *El parnaso oriental* (1837). El libro pudo haberse hecho con éxito, de no mediar el arrepentimiento de varios suscriptores, pero quizá la llegada a las puertas de Montevideo en febrero de 1843 de las tropas blanco-federales hicieron esfumar un sueño que podía arañarse apenas cuatro meses antes.⁵⁸

Pero el ejemplo de Hidalgo es diferente. Es muy anterior al propósito editorial de Acuña y su empeño más precario tiene (o tendría) que ver directamente con la obtención del alimento, mientras que en el poeta urbano la publicación del libro de versos era el cierre simbólico de una carrera y, si acaso, alguna ganancia podía conseguir. O eso creía. Atender a la consecuencia de la lectura errónea de Praderio (de poemas que “se vendían en las calles” a poemas que Hidalgo mismo vendía en las calles) abre una vía de escape para el sitio de consagración con que parecen cubrirlo los ideales de Mayo, democráticos y burgueses. No obstante, la hipótesis que defiende esta lectura errada agregaría el inconveniente de acomodar un espectro que aureola el mito del poeta popular, tomando en cuenta que Hidalgo, cercano desde siempre a la familia Artigas, muere pobre y exiliado como el jefe del movimiento insurrecto al que sirvió durante los años iniciales de la Revolución oriental, del que vendría a ser su ansiado reflejo.

⁵⁸ “El Librero impresor Dⁿ Jaime Hern.^z regulando hoy 28 de Oct.^o de 1842 quanto me costaria la impresión de mi Diario poetico del Sitio de Montev^o me ofrecio imprimir cada pliego & gazeta formando 16 paginas de cuarto menor a razon de 22 p^{es} tirandose 500 pliegos o ejemplares cada vez; y a la razⁿ de 36 tirandose mil. Advirtiendose q^e el pondria el papel, tinta, prensistas y en fin el papel, completamente; y teniendo cada pagina ó llana de 38 á 40 renglones./Contados los renglones escritos que tiene el Diario y los claros equivalentes á renglones resulta q^e el daria 635 paginas, q^e son pliegos á 32 paginas; serian 20 entregas las q^e completarian el total de la obra —cobrando pues medio patacⁿ por entrega, vendria al fin a costar al comprador toda la obra 10 patacones./Imprimiendose solo 500 ejemplares, de los cuales se vendiesen unicamente 300 (aunque los demas se perdiesen) se sacarian 3.000 patacones./Costando pues las impresiones y gastos á 20 patacones, por pliego 800 patacones; y doscientos *idem* los gastos de reparadores y otros adherentes, me quedaria una ganancia libre de dos mil patacones; y mas 200 ejemplares sobrantes, que rebajados como unos 20 de donacion y regalos, serian 180, los cuales vendidos á 4 patacones me darian 720 patacones —Total de la ganancia 2 720 patacones ó 3 264 pesos plata”, Francisco Acuña de Figueroa, *Libro para apuntar varias curiosidades*, manuscrito inédito, archivo literario, Departamento de Investigaciones de la Biblioteca Nacional, Montevideo, 1842, p. 4. El pasaje fundamental de esta cita, con la ortografía modernizada, había sido reproducido por Gallinal, “Prólogo” [n. 57].

Pablo Rocca

RESUMEN

La trama material de la poesía gauchesca, género que nació con los albores de la vida independiente en el Río de la Plata y que quiso apropiarse de la voz popular, se ha dejado un poco de lado. Este artículo indaga tal problema en sus albores, desde 1818 hasta 1830. Las características estéticas y materiales de algunos textos gauchescos son analizados como parte de un circuito de *producción, impresión y venta* de piezas que circulaban en precarias hojas, muchas décadas antes de aspirar a ordenarse en libro.

Palabras clave: poesía gauchesca, impresos, lectura, comercialización.

ABSTRACT

The material aspects of *gauchesca* literature—a genre aiming, from its inception at the dawn of independent life in the Río de la Plata, to encompass popular voice—have been rather ignored by the critics. This article explores the early stages of the issue, from 1818 to 1830. The aesthetic and material features of some *gauchesco* texts are analyzed from the standpoint that they were part of a circuit of *production, printing and selling* in which the texts occurred as precarious sheets of paper for many decades before being published as a book.

Key words: *gauchesca* poetry, handouts, reading, trade.